

EN TEORÍA

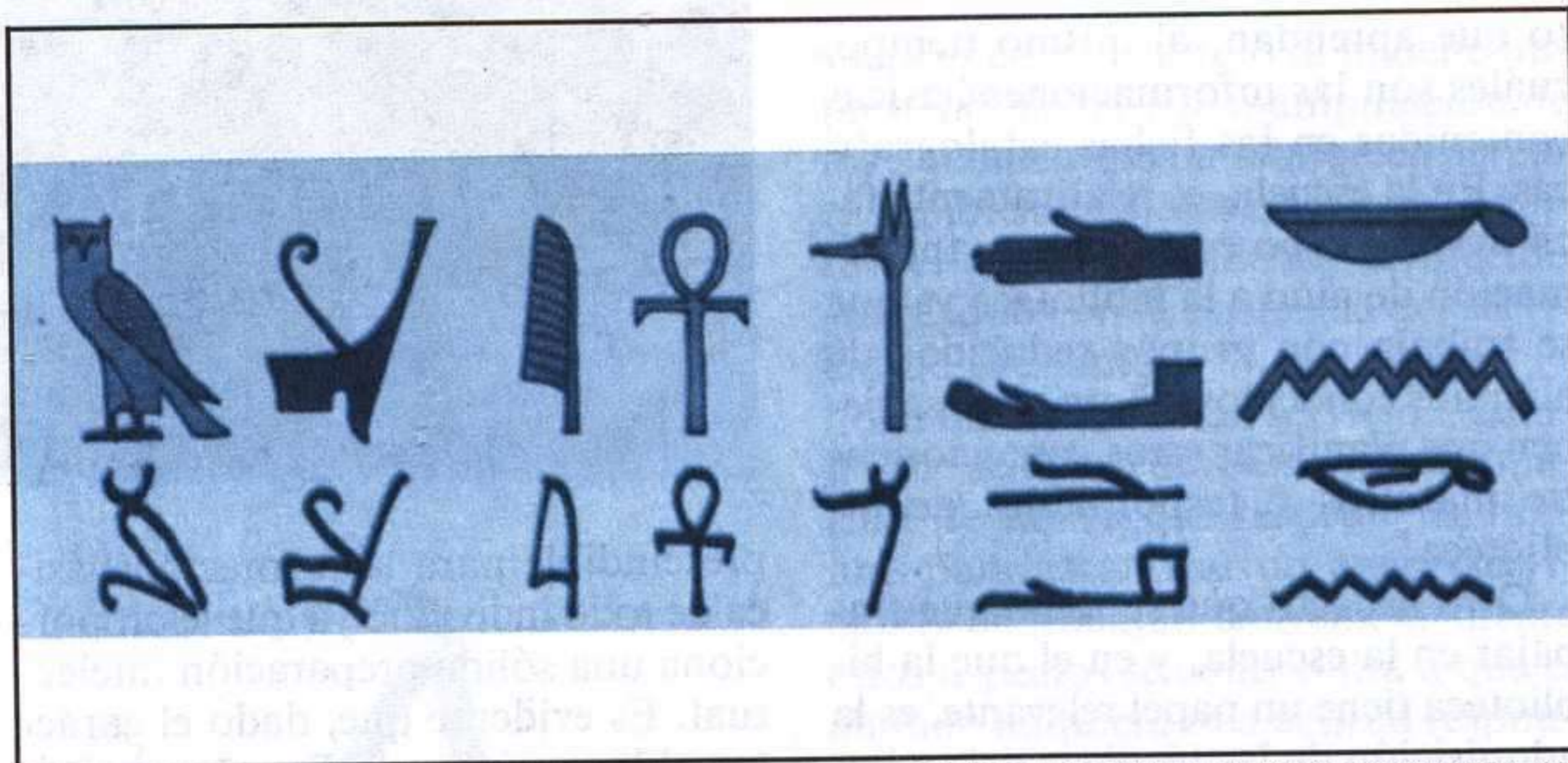
A la búsqueda de la información

por Mònica Baró y Teresa Mañà*

La renovación pedagógica postulada desde algunos sectores de la enseñanza no sería posible sin la existencia de las bibliotecas escolares. Esto, sin embargo, contrasta con la actual situación de precariedad en la que se encuentran algunas de ellas. Las autoras polemizan en el siguiente artículo en torno al fundamental papel dinamizador que juegan las bibliotecas escolares y públicas en la tarea de formación del niño.



M. RIUS, J.M. PARRAMÓN. A CIDADE, GALAXIA, 1988.



CHRISTIAN BROUTIN. EL ANTIGUO EGIPTO. ALTEA, 1987.

Cada día más, la información adquiere una importancia creciente en nuestro entorno. Este hecho, muy evidente en el mundo de los adultos —se habla incluso del poder de la información— no lo era tanto, hasta ahora, en lo que respecta al mundo de los niños. Al igual que los adultos, los niños de ahora necesitan conocimientos concretos sin los cuales es imposible insertarse en un grupo; a ello cabe añadir la presión que el adulto ejerce para que el niño esté informado o, lo que es lo mismo, que sepa unas determinadas cosas.

El niño y la información

Hasta ahora, padres y educadores se encargaban de transmitir al chico aquello que debía saber; en la actualidad existen otros canales de transmisión de la información: los materiales impresos y audiovisuales y los medios de comunicación compiten y complementan los canales más tradicionales.

Los actuales sistemas de enseñanza tienden, cada vez más, a potenciar la búsqueda de la información por parte de los alumnos y no es extraño que, un día cualquiera, un chico deba buscar información sobre temas tan

diversos como la alimentación de la ballena blanca o el funcionamiento del Consejo de Europa. ¿De dónde supone el maestro que el alumno obtendrá los datos necesarios para realizar estos trabajos? ¿Existe suficiente material que trate estos temas y, si existe, los trata de una manera adecuada a la capacidad del niño? Se supone que la idea del maestro es que el niño trabaje en casa, pero es probable también que no halle los materiales necesarios. La información en el mundo de los adultos tiene un precio elevado y también lo tiene en el mundo infantil: el precio de una enciclopedia infantil es similar al precio de una enciclopedia general y, en cambio, la rentabilidad de ésta es mucho más baja dado que el niño la utilizará durante un periodo de tiempo mucho más corto. Las posibilidades que tendrá un niño de realizar la labor propuesta por el maestro o de satisfacer sus intereses personales de información dependerán, así pues, de las disponibilidades económicas de sus padres o bien del ambiente intelectual de su casa; vistas estas condiciones, el papel democratizador de la cultura no queda, al menos, en entredicho. En los países socialmente avanzados se ponen al alcance del chico bibliotecas escolares y bibliotecas públicas que

garantizan la igualdad de oportunidades respecto al acceso a la cultura; no obstante, no es este el caso de nuestro país, a pesar de que difícilmente encontraríamos una institución más rentable culturalmente que una biblioteca.

El niño en la biblioteca escolar

La necesidad de bibliotecas escolares es un tema ampliamente postulado, tanto por maestros como por bibliotecarios. En el campo de la enseñanza, se ve muy difícil llevar a cabo una renovación pedagógica en profundidad sin disponer de los materiales que proporciona la biblioteca. Además, la escasa presencia de libros en los hogares españoles hace que sea la biblioteca escolar el primer contacto con los libros para muchos niños.

Un aspecto que quizás se ha tratado es el papel que la biblioteca juega en la formación intelectual del niño. En la amplia bibliografía que existe en el mercado sobre este tema, pocas veces se contempla la biblioteca como una herramienta auxiliar de esta educación. La biblioteca no sólo le proporciona materiales de información y de entretenimiento sino que también le ofrece un magnífico campo de aprendizaje en la búsqueda y tratamiento de la información, tal como propugna la Unesco en su *Manifiesto para la mediateca escolar* de 1970.

Es habitual que, al llegar al bachillerato, si no antes, los niños deban acudir a una biblioteca pública en busca de determinados materiales para confeccionar los trabajos escolares. Nuestra experiencia nos ha permitido observar a estos lectores primerizos que se enfrentan con temor a un espacio desconocido y un sistema complicado. Muchos de nosotros hemos experimentado personalmente esta sensación de impotencia ante estanterías repletas de libros ordenadas con clasificaciones desconocidas a las que tan sólo se puede acceder por medio de los no menos misteriosos ca-

tálogos. En su ignorancia, el futuro usuario decidirá acercarse al mostrador para solicitar ayuda, pero la falta de disponibilidad de un bibliotecario demasiado ocupado hará que sea instruido deprisa y corriendo en esta especie de rito secreto que es la búsqueda de la información. Una vez obtenidos los materiales, nuestro lector procederá a una copia indiscriminada de fragmentos y confeccionará así el anhelado trabajo, y evitará citar la bibliografía utilizada, unas veces porque desconoce que debe hacerlo, y otras para que jamás se pueda descubrir la fuente inspiradora. Es evidente que, en estas condiciones, ni la visita a la biblioteca ni la elaboración del trabajo reportarán beneficio intelectual alguno al alumno.

Esta suerte de viaje iniciático, a menudo frustrante, así como el resultado negativo del trabajo, se hubiera podido evitar si en la formación de este alumno se hubiesen contemplado, como una parte más, las técnicas de trabajo intelectual. Creemos que, en este aspecto, la biblioteca escolar puede jugar un papel muy importante. Si ya de pequeños, al inicio de la escolaridad, los alumnos han llegado a ser usuarios de esta biblioteca llegarán a moverse en ella con la misma confianza con que se mueven en el gimnasio o en el laboratorio.

En este sentido, es interesante que poco a poco se familiaricen con los sistemas de recuperación de la información de que dispone la biblioteca. Se puede comenzar por realizar investigaciones simples en los catálogos más sencillos, como por ejemplo el de títulos, e intentar localizar, todavía con la ayuda del adulto, los distintos materiales. Más adelante, pueden pasar ya a consultar catálogos que comporten más dificultad y, después de descifrar las indicaciones topográficas, ser capaces de localizar las obras por ellos mismos. Han de saber cuál es la función de cada catálogo y cómo se complementan para dar el máximo de información al usuario. Es preci-

so que aprendan, al mismo tiempo, cuáles son las informaciones básicas contenidas en las fichas catalográficas. En la escuela, es relativamente fácil llevar a cabo esta primera aproximación de niño a la biblioteca ya que se trabaja con grupos reducidos de alumnos conocidos; ahora bien, se tienen que planificar estos contactos entre maestros y responsables de biblioteca.

Otro aspecto que se tiene que trabajar en la escuela, y en el que la biblioteca tiene un papel relevante, es la adquisición de las técnicas del trabajo intelectual. Los niños deben saber que aunque traten el mismo tema, no todos los documentos proporcionan la misma información: existen obras de consulta rápida como son los diccionarios y enciclopedias, los hay generales y especializados, que adjuntan dibujos, mapas, gráficos y otros en los que el elemento predominante es el texto... Deben aprender a utilizar las herramientas que les proporcionan los materiales, como índices, sumarios y otras indicaciones. Y deben ejercitarse en la búsqueda alfabética, lo que les facilitará la consulta de diccionarios y enciclopedias y, a su vez, el acceso a determinados catálogos. ¡Cuántas veces nos hemos encontrado que un niño decide que un término no se encuentra en la enciclopedia simplemente porque la letra inicial está comprendida entre las dos que presenta el lomo!

A la vez, deben familiarizarse en la consulta de documentos audiovisuales, que cada vez más están presentes en las bibliotecas, especialmente en las escolares. La recogida de información será el primer paso de todo trabajo, pero no toda la información recogida es pertinente y, por lo tanto, no será necesario utilizarla. Un segundo paso será la elaboración de los datos e informaciones obtenidos para acabar con la citación correcta de la bibliografía consultada.

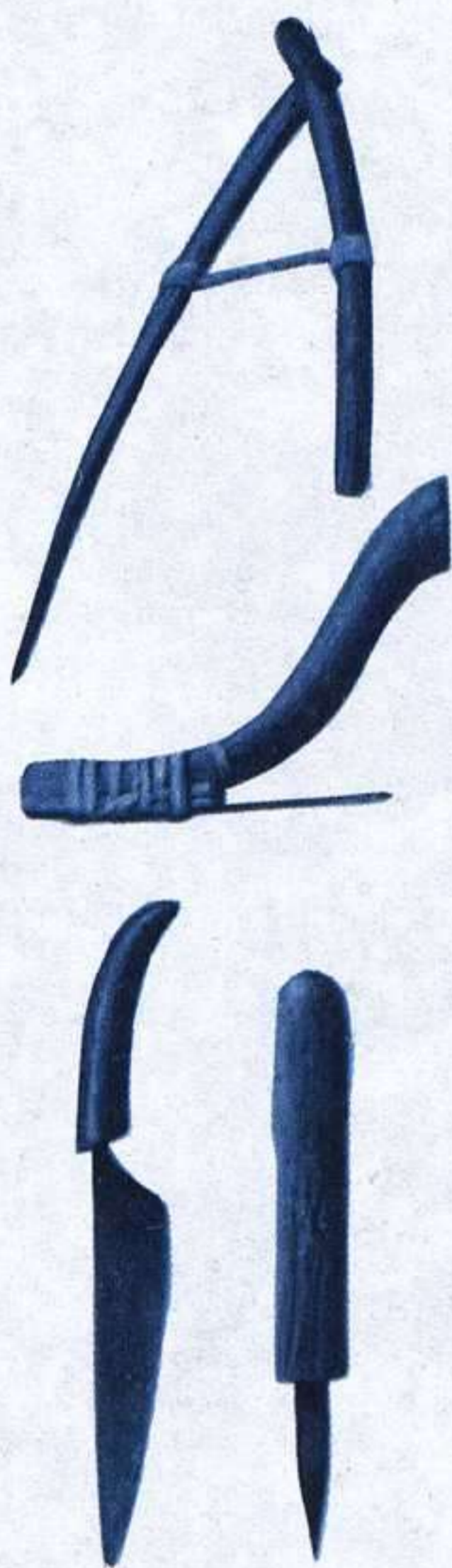
La técnica del trabajo se tendría que considerar como un elemento im-



prescindible para la formación básica de todo individuo ya que le proporciona una sólida preparación intelectual. Es evidente que, dado el carácter obligatorio de la Enseñanza Primaria, es la escuela la que ha de adiestrar al alumno en estas técnicas.

Sin embargo, aún un último aspecto en el que la biblioteca puede contribuir a la formación global del alumno: se trata de la creación de hábitos que harán que los chicos lleguen a ser buenos usuarios de este servicio. Es imprescindible que se fomente el hábito de la lectura como elemento de ocio, y dejar de lado la asimilación que, a veces, se da entre lectura y trabajo escolar. Desde otro punto de vista, la biblioteca puede contribuir también al desarrollo de hábitos de comportamiento. En la biblioteca, el alumno deberá regirse por una serie de normas básicas que regulen el uso de un servicio común; en este sentido, se hace evidente la necesidad de utilizar cuidadosamente el material para garantizar la conservación y hacer posible que otros alumnos realicen otras consultas. Otras normas harán referencia al mantenimiento del





CHRISTIAN BROUTIN. EL ANTIGUO EGIPTO. ALTEA, 1987.

silencio en el recinto o la higiene imprescindible para la manipulación de los documentos. La biblioteca actuará también en el desarrollo del hábito de la responsabilidad, favorecido sobre todo con la existencia del servicio de préstamo.

La biblioteca es un servicio a compartir: se debe compartir la información, se tienen que respetar las normas para garantizar un mejor servicio. Si se trabajan convenientemente estos aspectos se contribuirá a que el alumno adquiera una actitud responsable en la utilización de un bien común, actitud que será especialmente relevante cuando éste sea usuario de una biblioteca pública.

Para que todo sea posible, y para que la biblioteca colabore efectivamente en la formación del alumno, ésta tiene que reunir unos mínimos indispensables: se precisa un buen fondo bien seleccionado, un local suficiente, agradable y accesible, un profesional que organice el fondo de manera conveniente, con los sistemas biblioteconómicos mínimos que garanticen una utilización satisfactoria y eviten búsquedas inútiles; es necesario, también, un horario amplio y un acceso libre, un buen servicio de préstamo que complemente la consulta en sala y se precisa, finalmente, un equipo de maestros que posea bien claro el papel de la biblioteca, tanto respecto a la docencia como a la formación del alumno, y que colabore con el profesional responsable.

El niño en la biblioteca pública

Ya hemos apuntado cuál debería ser el papel de la biblioteca escolar en la formación del niño y cuáles las condiciones mínimas para que funcione con eficacia. Desgraciadamente, no obstante, no todas las bibliotecas escolares reúnen estas condiciones y, de hecho, son bien pocas las escuelas que contribuyen a la formación del alumno en este aspecto. Lo que se da con más frecuencia es que todo este apren-

dizaje lo tenga que realiza el niño en la biblioteca pública. Con un poco de suerte puede tratarse de una biblioteca infantil con personal especializado que le podrá atender adecuadamente, pero en los casos más habituales se tratará de una sección infantil dentro de una biblioteca general que la atiende una sola persona.

En realidad, la formación de los jóvenes usuarios es una labor que la biblioteca pública ha asumido, si bien debe hacerse constar que, en el plano teórico, ésta no es precisamente una de sus funciones principales. Y no es sólo la formación aquello que la biblioteca debe hacer; a menudo, y esta es la queja más frecuente del colectivo profesional, la biblioteca pública debe cumplir funciones de biblioteca escolar. No es tanto que no existan bibliotecas escolares, entendidas como un local que contiene un fondo, sino que más bien debería hablarse de una deficiente o insuficiente organización, consecuencia de la falta en las escuelas de profesionales especializados, que repercute en el funcionamiento de las ya existentes.

En la planificación de los trabajos de los alumnos, no sólo afecta esta situación anómala sino la falta de colaboración entre los maestros y la biblioteca.

Se debe aceptar que en algunos casos la biblioteca escolar está en los albores de su desarrollo, pero no por ello la escuela ha de desentenderse de su papel formador. En este sentido, sería interesante que la escuela colaborara con la biblioteca pública para llevar a cabo de manera práctica esta formación.

Si la escuela ha previsto esta utilización, concertará alguna visita y planificará las actividades que se llevarán a término; se puede explicar el funcionamiento de la biblioteca y realizar supuestos prácticos de búsqueda.

Las visitas se concretarán de manera diferente no sólo según el nivel del grupo, sino también según el conocimiento que tengan de una biblioteca

y de su funcionamiento, aspecto ligado intrínsecamente a la existencia y uso de la biblioteca en la escuela. Si se trata de alumnos de ciclo inicial, un cuento será una buena manera de presentarles el material de la biblioteca y de explicarles también las normas básicas de comportamiento, similares a las que pueden tener en el trabajo de clase: silencio, respeto por el material, pulcritud... En el caso de alumnos de ciclo medio, la búsqueda de información sobre aquello que más les interesa, como pueden ser los libros que traten de animales, de juegos o de deportes, será una manera de explicar cómo funciona y cómo se ordena una biblioteca; encontrar los libros de un autor que ellos mismos han leído o localizar el libro de lectura de aquel curso será un sistema de practicar fácilmente con los catálogos. A los chicos y chicas de ciclo superior les corresponderá una explicación detallada de los catálogos y la localización de las obras, todo, sin embargo, de manera lo suficientemente atractiva como para que resulte más similar a un juego que a una prueba.

La visita en grupo permitirá desinhibirles en un ambiente nuevo y comprobar que aquellos hábitos adquiridos en su biblioteca escolar les permiten utilizar correctamente cualquier otro servicio bibliotecario.

A la vez, estas visitas en grupo significan la formación conjunta de todos los elementos del grupo-clase, tal y como lo harían en la escuela, y facilitan el acceso a la biblioteca pública de cada individuo, que llegará a ser un usuario autosuficiente. Este chico requerirá sólo la ayuda del personal de la biblioteca para sus dudas o dificultades no previstas. En ningún caso, no obstante, las visitas pueden suplir la formación en el trabajo intelectual que es labor de la escuela.

El alumno que llega a la biblioteca pública por su propio interés y que no ha contado con una formación en la escuela requerirá una atención individualizada, a veces difícil de dar. En

esta situación depende totalmente del bibliotecario que, paso a paso, le tendrá que explicar qué hacer para hallar aquello que necesita. En momentos de aglomeración, situación bastante frecuente en nuestras bibliotecas, lo más fácil y rápido es servir el material requerido por el lector, mejor que mostrarle dónde se encuentran los catálogos, cómo funcionan y qué es preciso realizar cuando se ha localizado la información. Es necesario pensar, no obstante, que el tiempo destinado a la formación de un lector representa a fin de cuentas una inversión, ya que este aprendizaje le será de utilidad en cualquier otra biblioteca a partir de aquel momento.

Otra vía de llegada a la biblioteca pública es gracias a la familia. Hay padres que llevan a sus hijos de muy pequeños para mirar cuentos y llevarse los en préstamo; existen otros que acuden a la biblioteca empujados por la necesidad de los trabajos escolares de sus hijos. En el primer caso, los niños se acostumbran al nuevo espacio y, poco a poco, ya sea con la ayuda de los padres o del bibliotecario aprenden su funcionamiento. En cambio, en el segundo caso, será necesaria, como ya hemos visto con anterioridad, una formación individualizada, aunque la mediación de los padres puede simplificarla.

La principal aportación de la biblioteca pública en la formación del individuo consiste en poner a su alcance un fondo a veces diferente al de la biblioteca escolar, bien sea por cantidad como por diversidad del material. En una biblioteca pública, el fondo tiene que responder a una libertad total de pensamiento que permitirá al lector escoger libremente el libro o documento que le interese. En este punto la biblioteca pública y la escolar pueden diferir ligeramente, ya que a menudo el fondo de esta última es mediatizada bien por el ideario del centro, bien por las programaciones pedagógicas o, simplemente, por la selección obligada por los pobres presupuestos.

La biblioteca pública puede, mediante el préstamo, contribuir al enriquecimiento de las bibliotecas escolares que no disponen de personal especializado y, en el caso que una escuela no disponga de biblioteca, pue-



PILARÍN BAYÉS. PETITA HISTÒRIA DE JOSEP PLA. MEDITERRÀNIA, 1989.

de ofrecer su fondo y su local en determinadas ocasiones y para actividades concretas.

La diversidad que tiene que ofrecer la biblioteca pública se verá aumentada en el caso de una sección infantil cercana a una sección de adultos, ya que en momentos determinados se puede utilizar también el fondo destinado a estos últimos.

Bibliotecas y enseñanza

Como ya se ha visto, la biblioteca escolar y la biblioteca pública deben colaborar ya que sus funciones de cara a la formación del usuario se complementan, y porque a menudo esta última hace una suplencia dada la ambigüedad del sistema educativo actual, que preconiza el trabajo de investigación sin contar con la disponibilidad de los materiales que la tendrían que hacer posible. Que la mayor

parte de los usuarios infantiles lo son en función de la obligación de hacer los deberes de la escuela es un hecho que no se puede ocultar. A menudo se ha dicho que este problema se podría solventar con unas buenas bibliotecas escolares que permaneciesen abiertas más allá del horario lectivo. Pero, ni aun así, los alumnos aprenderían a trabajar correctamente ya que es el maestro quien les tiene que formar en este sentido, y es en la clase donde se deben realizar las labores escolares.

Las bibliotecas pueden ayudar a los maestros a planificar las lecturas de los cursos, a seleccionar títulos que estimulen la lectura y a preparar los mismos trabajos escolares. Los maestros deben saber hasta qué punto es difícil disponer de ciertas informaciones y evitar proponer trabajos casi irrealizables. ¿De dónde se puede extraer información sobre la estructura de ETA militar o el concepto de la muerte en diferentes culturas? En el caso hipotético de que la biblioteca disponga de materiales tan específicos, probablemente no podrá abastecer la demanda planteada por todo el grupo de clase. ¿De dónde imagina el maestro que los alumnos tomarán las tan características ilustraciones que ornamentan los trabajos escolares si no es una reproducción deficiente o bien si no se recortan directamente de las obras consultadas? Los enseñantes tienen que conocer cuáles son los recursos de que dispone una biblioteca y no ir más allá de sus posibilidades.

En definitiva, maestros y bibliotecas tienen que colaborar esencialmente para conseguir usuarios permanentes de la biblioteca, que vayan más allá de los límites de la enseñanza, ya sea por lectura o por consulta.

El personal en la biblioteca infantil y escolar

Como ya hemos visto, lo que aproxima estos dos tipos de biblioteca no es su función sino el tipo de usuario:

en ambos casos se trata de niños, que presentan como tales unas características diferenciadas y reclaman un trato específico. No se pueden utilizar los mismos términos para un niño que para un adulto, ni podemos esperar que interprete la información de la misma manera. El niño posee unas características propias intelectuales y de asimilación y unas necesidades que tienen que ser atendidas convenientemente.

Todos estos rasgos hacen necesario, por parte del personal que atiende estas bibliotecas, un conocimiento del niño y del mundo que le rodea; se necesita que dicho personal sepa interpretar correctamente las demandas del niño, a veces no muy bien expresadas (es típico el caso del lector que pide libros prehistóricos o aquel otro que necesita urgentemente la biografía del David de Miguel Ángel o dónde podrían encontrar una fotografía de los apóstoles), y sepa responder de manera comprensible. También se necesita que el personal esté al corriente de los niveles de aprendizaje de los niños, de su capacidad según la edad y de los programas escolares. Es por ello que, tanto en el caso de la biblioteca pública como de la biblioteca escolar, se hace indispensable una formación pedagógica del personal que, completada con la imprescindible formación técnica, dará como resultado unos profesionales eficientes y una mejor atención al público.

Este hecho se tendrá que tener en cuenta ante la importancia que este tipo de biblioteca está adquiriendo en la actualidad: no hay bastante con dotar de local y de fondo a las bibliotecas, tanto escolares como públicas, sino que se tiene que contar con un personal preparado específicamente. ■

* Mònica Baró es profesora de la Escuela de Biblioteconomía y Documentación de Barcelona y responsable de la biblioteca de la escuela Heura, y Teresa Mañà es responsable de la Biblioteca Infantil de la Santa Creu de Barcelona.

